

MADRID



Trifulca en el exterior de la comisaría por el intento de una mujer de saltarse la cola. / CLAUDIO ÁLVAREZ

Protestas, peleas y colas interminables a las puertas de la vieja cárcel

VIENE DE LA PÁGINA 1

En el exterior, algunos se saltan el turno y se producen incidentes. Un joven marroquí intenta colarse y es abucheado desde la fila 2. Un policía dice: “¿Llamáis a este chico? Te llaman allí, al final de la cola”. Carcajada general. El chico no hace caso. “No me hagas ponerte una multa por desobediencia”, replica el agente. Él también sigue la huelga de celo, que consiste en trabajar escrupulosamente a la hora

de hacer papeleos, detenciones o denuncias. Está convocada para todos los miércoles y jueves de julio. Su principal demanda es la equiparación salarial con las policías local y autonómica, según los sindicatos de la Policía Nacional.

A mediodía siguen llegando extranjeros, mientras otros marchan con cara de desesperación. Entre sus protestas, el tiempo de espera, las casetas prefabricadas de baño se atascan. La gente

acude a orinar entre las basuras y escombros que se acumulan en el interior de la antigua cárcel. Además, las protestas suben de nivel por la falta de información, la “excesiva” burocracia española, y la desconsideración con personas de habla no hispana y con madres con hijos pequeños. La comisaría cierra a las siete de la tarde.

En la calle de Santa Engracia, en Chamberí, las cosas funcionaban de forma diferente a medio-

día de ayer. En esta comisaría sólo atienden a españoles. Se puede conseguir una cita para renovar el DNI a través de Internet en 20 días. En el caso del pasaporte, sólo cinco. Diez terminales dan servicio a los usuarios y no hay colas. Un chico tramitó su DNI electrónico “en menos de 10 minutos, aunque la cita la pedí hace un mes”. Otro usuario recibió su pasaporte y el de sus hijos pequeños en menos de media hora.

La grasa del gay

VICENTE MOLINA FOIX



Subía yo hace pocos días por las escaleras automáticas del metro de Avenida de América, que son largas y estrechas como los menús ahora más discutidos, y oí delante de mí la siguiente conversación entre un chico y una chica. “Los gays están calentando motores para sus fiestas”, dijo la chica. “Ya lo sé. Vas por Chueca y te matas del resbalón: todas las calles llenas de aceite”, le contestó, sin acusada malicia, el chico. Una risa, un beso de pico cerrado, un salto de la pareja en el último escalón.

Hay frases muy interesantes, más allá de la gracia que puedan tener o de su mala *follá*. La primera vez que oí que alguien iba “a vela y a vapor” no lo entendí del todo, quizá porque mi educación náutica nunca ha sido de alta mar sino playera. Más sencilla y también más poética es la alusión denigrante a los hombres que lo hacen “a pelo y a pluma”, con su leve eco gongorino. ¿Y qué decir de aquel chiste histórico desarrollado en el interior de un descapota-

ble, con su “¡Lalo, lalona!” final, en un desenlace cuyos términos he olvidado de puro viejos? Lo de perder aceite, siendo, a qué negarlo, de una plasticidad efectiva, tiene toda la crudeza del alma ingeniosa española. ¿Conocerán los que la dicen la gama de productos lubricantes que ahora inundan el mercado de las prácticas sexuales, no sólo homosexuales? Alguno de esos rancios aún debe estar chapoteando en la mantequilla con la que Marlon Brando quería engrasar a Maria Schneider en el famoso polvo de *El último tango en París*.

Resbalosas de aceite no lo sé, pero repletas y vistosas sí han estado las calles madrileñas (no sólo de Chueca) en estos últimos días, y más que lo estarán mañana, si las predicciones se cumplen y la manifestación del Orgullo Gay se mantiene en el nivel masivo que tuvo el año pasado. Se ha cambiado en esta ocasión la fecha habitual del 28 de junio, trasladándose al 5 de julio, con el objetivo, no del todo claro, de permitir que las otras comunidades *lgtb* (lésbico-gay-transsexual-bisexual) del Estado organicen sus propias fiestas y desfiles en la semana precedente, convergiendo después todos este fin de semana en la capital. Veremos.

En el 2008, las celebraciones reivindicativas tienen como motivo central a las lesbianas, y me ahorro aquí de pasar revista a las alusiones y chistes de *tortilleras* y otros derivados de la bollería con los que la cultura oral *hetero* envuel-

ve a las mujeres que aman a las mujeres. También, curiosamente, se trata de apelativos en los que hay un componente de grasa.

Ahora se habla mucho de igualdad entre los sexos, alcanzando las buenas (o malas) intenciones al lenguaje, a propósito de ese despropósito del término *miembras* que, sorprendentemente, y aun habiendo la propia ministra pedido disculpas por su uso, ha llamado la atención y concitado el apoyo logístico de escritores masculinos que aprecio. La

El humor siempre tiene una carga resbaladiza y deslizante, y está bien que así sea

ridiculedad de una nomenclatura basada no tanto en el género de los artículos definidos como en una supuesta guerra sexual de vocales entre la *a* femenina y la *o* masculina parece, más que una simpleza irrelevante, una broma que ha salido por la culata. Si ese tiro léxico hubiera que mantenerlo, como algún columnista ha llegado a sugerir, el siguiente blanco bien podría ser, por ejemplo, el empleo de “el *hombrío*” o “la *lesbianisma*”.

La causa de la igualdad entre hombres y mujeres y entre mujeres *hetero* y

Muere un hombre que reparaba un montacargas en una panificadora

AMAYA IZQUIERDO, Madrid

Un nuevo muerto se sumó ayer a la larga lista de trabajadores muertos en accidente laboral, 61 en lo que va de año, según fuentes de los sindicatos. El fallecido es Jesús García, español de 52 años, casado y con dos hijos, que era jefe de fabricación en una panificadora de la calle de Albalán (San Blas).

El hombre arreglaba sobre las 10.30 de ayer uno de los montacargas que hay en el local. Intentaba reparar dos bulones (tornillos grandes) en el interior de la máquina. Una vez instalados los soportes de madera en el lugar destinado a los tornillos, se fue un momento y volvió algo más tarde. Fue en ese instante cuando el montacargas se deslizó. Al intentar salir de nuevo, sufrió un traumatismo craneoencefálico que le causó la muerte.

Jesús García trabajaba en la panificadora desde 1971, cuentan sus compañeros. En estos 37 años, según fuentes de la empresa, había practicado reparaciones mecánicas, si bien no confirmaron que tuviera formación específica para ello.

Cerca de una docena de familiares y amigos del fallecido esperaban en la fábrica de pan, entre ellos su padre y su hermano. Visiblemente afectados, no quisieron hacer ninguna declaración.

Según los sindicatos, el accidente era evitable. “El procedimiento de trabajo era defectuoso”, asegura Marisa Rufino, secretaria general laboral de UGT Madrid. CC OO asegura que esas reparaciones tienen que ser contratadas con empresas especializadas.

homosexuales es demasiado serio como para gastar pólvora (otro producto con una parte mineral grasienta) en desinencias. Cuando, hace menos de dos meses, se celebró el Día Mundial contra la Homofobia (*¿homofobia* si va sólo dirigida a los gays?), leí en un diario francés unas declaraciones de Daniel Borillo, jurista francés y catedrático en la Universidad de Nanterre, poniendo en evidencia lo que, por desgracia, aún no resulta evidente para todos. Borillo recordaba que sólo desde que, en 1981, la Corte Europea de Estrasburgo dictó sentencia, dejó de ser un delito castigado por ley la práctica voluntaria de la homosexualidad entre adultos, añadiendo Borillo después, en torno al asunto que aquí nos ocupa, que “son la libertad y la igualdad, no el masculino y el femenino, los que constituyen valores democráticos”. El humor siempre tiene una carga resbaladiza y deslizante, y está bien que así sea; quizá algún día pierda sus efectos colaterales más denigrantes.

Mientras tanto, y pensando ya en el año 2009, sería de desear que los organismos gays saquen al primer plano y lleven a los parlamentos, a los Gobiernos favorables (como el de Zapatero), a los desfiles y a las tribunas de los columnistas, otra zona maldita más letal que el habla: aquella, en su mayoría situada dentro del área de población musulmana, donde el *marica* no es un chiste sino un reo de cárcel o de horca.